

## TERCERA PARTE

---

### VIII

En la sala común de la clínica del doctor Appel, calle de Assas, en el corazón del barrio más populoso y más pobre, se estaba terminando la visita ordinaria. Los discípulos del sabio médico añadían á sus recetas un bono de medicamentos para las farmacias, y la inspectora sacaba de unos grandes armarios, cuidadosamente provistos por la señora de Appel, la ropa blanca, los vestidos de niño y los refajos de mujer comprados á la institución de la Hospitalidad del Trabajo. Esta clínica particular fundada por Appel y sostenida á sus expensas, estaba destinada exclusivamente á los necesitados. No era raro, sin embargo, que los habitantes ricos del barrio, atraídos por la reputación del doctor, se presentasen á pedir asistencia. No se les cerraba la puerta, pero se les reclamaba el precio de la consulta, que era depositado delante de ellos en el cepillo de los pobres colocado en la sala de espera.

Los más ilustres cirujanos tenían como un honor el

operar ellos mismos en la clínica en los casos graves. Y con frecuencia Rameau de Ferrieres había hecho esperar á los príncipes de la banca mientras él cuidaba con su amigo á los miserables y á los vagabundos. Nunca dejaba Appel de aparecer en la visita, un cuarto de hora al menos, para vigilar el trabajo de los jóvenes, los cuales, por otra parte, escogidos cuidadosamente, cumplían con celo la misión que se les confiaba. El haber formado parte de la clínica del doctor Appel era un título en el mundo médico.

Appel acababa de llegar y estaba en su gabinete de consulta interrogando minuciosamente á una mujer que llevaba un niño enfermizo y pálido, que los alumnos habían reservado para el examen del maestro. La grave fisonomía de éste estaba inclinada sobre la cabeza doliente del pobre niño y examinaba en sus ojos, en sus labios y en su cara el secreto de la vida y de la muerte.

— ¿Qué edad tiene el padre? preguntó.

— Veintinueve años, señor doctor. Pero ha pasado muchos trabajos y fatigas.

— ¿Qué oficio?

— Tornero en cobre.

— ¿Cuánto gana?

— Cinco ó seis francos al día.

— ¿Cuánto lleva á casa el sábado?

La mujer no respondió y Appel siguió diciendo:

— ¿Va á la taberna?

— Está obligado, señor doctor. El cobre le devora. Necesita beber.

— Todo el mal viene de ahí. El niño paga el alcoholismo de su padre. Y él, el desgraciado, se está matando tan seguramente como si bebiese veneno... Pero ocupémonos del niño. ¿Dónde vive usted?

— En la calle de la Estrapade.

— Poco aire, ningún sol, un sumidero en cada piso... Su hijo de usted necesita campo... No tiene ningún órgano enfermo, pero languidece... Defendámosle la vida... Nada de medicamentos; higiene. El ejercicio y el aire libre...

— Pero, señor doctor, ¿cón qué recursos?

— ¿Dónde trabaja su marido de usted?

— En la calle de la Campagne-Première.

— Váyanse ustedes á vivir á Montrouge... Tome usted un bono de habitación... No le doy dinero porque se lo gastaría... Vaya usted á ver al gerente de la casa cuya dirección va en este papel. Tendrá usted un cuarto por la mitad del alquiler que ahora paga, y con la otra mitad su marido de usted podrá tomar el tranvía para ir á trabajar... Así el niño respirará y no vivirá más en una cloaca malsana... Y trate usted de que el padre no beba... Si él supiera lo que se echa al cuerpo y viera el efecto que le produce, se curaría para siempre... Pero el Estado es cómplice de los envenenadores; necesita los impuestos y deja vender el veneno... Vaya usted, buena mujer, y pida á la inspectora lo que necesite.

— ¡Ah, señor! ¿Cómo dar á usted las gracias?

— Enviándome los enfermos que usted conozca. Adiós, amiga mía.

La puerta del gabinete se abrió y apareció un interno.

— La operación de Laudit se acabó, dijo. Se le ha despertado y está bien.

— ¿El doctor Berard está ahí todavía?

— Ahora sale de la sala de operaciones y viene á ver á usted.

Una fuerte voz se hizo oír y Guillermo Berard apa-

reció mostrando su cabeza de león canoso y sus magníficos ojos.

— Aquí estoy. Tranquilízate. La cosa ha salido bien. El viejo no ha perdido ni medio litro de sangre... Le he metido el brazo en el vientre hasta el codo... Imagínate tú, una invaginación... Cuando le he abierto, nada de apendicitis... Había, sin embargo, tal temperatura, que tenía que haber inflamación en alguna parte... Le he devanado los intestinos como una madeja... Y por fin he descubierto el pastel... Es la operación más extraordinaria que he hecho en mi vida...

— Gracias, amigo mío.

— ¿Por qué? ¿Porque he hecho una hermosa operación? dijo Berard con risa infantil. Gracias á ti, que me has proporcionado la ocasión de hacerla... ¡Vaya, adiós! Me están esperando en la Salpêtrière.

Berard se marchó y Appel salió á la sala de espera, donde todavía había enfermos, y cogió el sombrero y el gabán que le presentaba la inspectora. Dió algunas órdenes y se disponía á salir, cuando se abrió la puerta del vestíbulo y entró Pedro en traje de viaje, algo pálido y con expresión circunspecta. Appel lanzó al verle un grito de alegría y se adelantó hacia el joven con los brazos abiertos.

— ¡Cómo! ¿Eres tú? ¿Vienes de casa? ¿Has visto á tu madre?

Á estas rápidas preguntas respondió Pedro con cierto embarazo :

— No; no he visto á mi madre. Vengo de casa, donde me han dicho que le encontraría á usted aquí.

Appel se detuvo, examinó atentamente al joven y dijo con voz grave :

— ¡No has visto á tu madre! ¿Qué significa esto? Supongo que vas á explicármelo...

— Para eso he venido, respondió Pedro con dolorosa firmeza.

— Entonces no nos quedemos aquí, donde nos molestarían á cada instante... Ven... Vámonos fuera...

Appel cogió el brazo del muchacho que había educado y al que quería como á un hijo, y le sintió estrechamente comunicándole al mismo tiempo que el ardor de su sangre, los efluvios de su simpatía. Bajaron lentamente la escalera y se encontraron en la calle Assas, surcada entonces de innumerables coches, y enfrente de la verja del Luxemburgo. Appel anduvo sin hablar durante algún tiempo al lado de Pedro, adivinando en los latidos de su corazón la tempestad que rugía en su pecho. Pero ya Pedro, como un potro que reconoce la mano de su dueño, se había puesto menos rígido y se dejaba llevar por los movimientos que Appel le imponía. Rebelde aún en lo moral, empezaba, sin embargo, á sufrir el ascendiente físico de su maestro. Entraron en el jardín, desierto á aquella hora, y tomaron por las calles de árboles. Appel miró entonces á su hijastro y le dijo con dulzura :

— Vamos á ver, querido hijo mío, ¿qué sucede en tu espíritu para que te muestres tan diferente de lo que eras hace tres semanas? ¿Qué error se ha producido entre nosotros? Y digo « nosotros » porque yo me identifico con tu madre, como lo he hecho siempre respecto de ti.

Al oír estas palabras graves, sonoras, sentidas, cuyas vibraciones despertaban un recuerdo de abnegaciones, de ternura y de bondad en su corazón, Pedro dejó escapar un gemido, las lágrimas brotaron de sus ojos y se quedó inmóvil y sin voz delante de su amigo, de su bienhechor, de su verdadero padre. Appel no

tuvo entonces más que un cuidado; el de curar aquella alma torturada. Elevándose por encima de las preocupaciones vulgares, todo lo que había de noble en su pensamiento se inflamó por el deseo de afirmar aquella voluntad vacilante y de devolver á aquel espíritu turbado la noción del deber.

— Has hecho bien de venirme á buscar, dijo envolviendo á Pedro en su mirada tranquila y cariñosa. Veo en esto una prueba de confianza y creo que has querido evitar á tu madre una emoción penosa. ¿Pero por qué esas lágrimas y esas quejas, hijo mío? ¿No sabes que de mí puedes esperar todo y no temer nada? Soy y seré siempre el mismo hombre con quien hace veinte años acostumbrabas á hablar con el corazón en la mano.

— ¡Ah! Buena falta hace que recuerde eso para atreverme á hablar á usted...

— ¡Atreverte á hablarme! ¿Qué quiere decir eso? ¡Me alarmas, en verdad! ¿Tienes, entonces, algo de que acusarte y temes confesármelo?

Pedro se puso rojo y movió la cabeza penosamente.

— ¡Ojalá fuera eso! Sería menos desgraciado.

— Si no eres tú quien ha cometido alguna falta para conmigo, dijo lentamente Appel, soy yo el que es culpable respecto á ti. Así solamente puedo explicarme tu actitud é interpretar tu lenguaje... ¿Qué he hecho? ¿De qué me acusas, hijo mío?

Los labios de Pedro temblaron, sus ojos vacilaron en sus órbitas, toda su fisonomía expresó un cruel sufrimiento y por fin exclamó desesperadamente:

— ¡Ha ocupado usted cerca de mi madre y cerca de mí el sitio de mi padre!...

— ¡Ah! ¿Se trata de eso? dijo Appel. Sí, era inevitable. ¡Pobre muchacho! ¡Desgraciado hijo!

— No le pido á usted que me compadezca, dijo Pedro

exasperado por la calma y la dulzura de Appel, sino que me disculpe.

— ¿Has visto á tu padre? ¿Le has hablado?

— No me he separado de él en estos quince días.

— Y hace quince días pareces despegado de nosotros... Es lógico. La situación en que los rigores de la vida nos han colocado á todos, no lleva consigo otra solución sino la de tomar partido por tu padre ó por tu madre, pues sería imposible á una persona inteligente y sensible el acomodarse con los dos. Cuando supe que habías encontrado á tu padre en Maillane, vi las penas y los cuidados que traería para ti ese acontecimiento y te compadecí, pues te conozco muy bien para pensar que no tratarías de decidir cuál de los dos merece tu respeto y tu cariño...

— ¡Decidir! ¿También usted piensa que debo decidir? ¿Cómo? ¿Con qué datos?

— Pregúntame y te responderé.

— ¿Me hablará usted de mi padre?

— ¡No! Tu madre es quien debe hacerlo. Solamente ella tiene derecho á decirte, si lo cree útil, lo que deseas saber. No oirás salir de mi boca ni una palabra que pueda quedar en tu memoria como un cargo contra mí. Suceda lo que quiera, tengo la pretensión de obligarte á pensar que he sacrificado mi tranquilidad á la tuya y que mi cariño hacia ti se ha sobrepujado á mi interés.

Pedro se estremeció ante aquella noble figura que destilaba sinceridad. ¿Cómo dudar de la lealtad de Appel? Y no dudar era ya acusar á su padre... Todo su ser se sublevaba al pensar que un extraño había tomado, en buen derecho y sin usurpación, el sitio de aquel cuya sangre corría por sus venas. Se abandonó á la cólera, ahogó el grito de su conciencia, juzgó á

Dartigues inocente sin examen y quiso convencer en seguida á Appel de traición. Bajo estas impresiones preguntó febrilmente :

— Antes de que mi padre se expatriase ¿ conocía usted á mi madre?

— Sí.

— ¿ Y fué por... eso por lo que mi padre se marchó?

— No lo creo.

— ¡ Ah! ¿ No está usted seguro?

— ¿ Puedo estarlo de lo que se haya dicho ó pensado?

— ¿ Sabía que usted amaba á mi madre?

— No lo sé.

— ¿ Pero usted la amaba?...

Appel se paró, levantó su fina mano, en la actitud del que va á hacer una demostración científica, y dijo con voz firme :

— Sigue, di tu pensamiento y no te asustes por las palabras. Hay que destruir todo equívoco. Quieres preguntarme si he sido amante de tu madre. ¿ No es esto? La pregunta te parece escabrosa y, sin embargo, esperas que mi respuesta esclarezca tus dudas. Voy, pues, á satisfacerte. Jamás he tenido por tu madre, antes de que llevase mi nombre, sino la más pura y la más respetuosa afección. Cuando estubo sola en el mundo, sin recursos, sin esperanzas, le ofrecí y ella aceptó mi protección y mi ternura. He aquí el resumen de nuestra existencia común. Debes acordarte de tus primeros años. Eras pequeño, pero podías comprender muchas cosas. Recuerda el modesto interior en que has crecido. ¿ Era aquella la casa de unas personas que viven en la irregularidad y en el goce? El trabajo para mí y la sencillez y el orden para tu madre eran nuestra regla de conducta. ¿ Es ese el

aspecto de unas personas que no tienen en cuenta la dignidad de la existencia? Después de las lecciones y de los ejemplos que te hemos dado, ¿ tendremos que afirmarte la pureza de nuestra vida? ¿ No deben los hechos hablar por sí mismos y llevar la convicción á tu espíritu? Te compadezco, hijo mío, al verte presa de semejantes dudas. Respecto de tu madre tu juicio ha debido ser definitivo y firme, y, sin embargo, veo que has dudado y que dudas todavía.

Pedro bajó la cabeza y murmuró :

— No sé ya lo que es bueno ni lo que es malo. Todo es obscuro para mí.

— Sí, eres desgraciado y te compadezco.

— ¿ Por qué, entonces no me ilumina usted?

— ¿ Cómo?

— Defendiéndose, puesto que se le ataca; formulando argumentos precisos; aduciendo pruebas concluyentes...

— Acusando á tu padre, en fin, ¿ no es eso? exclamó Appel. Pues bien, no. No lo haré. No quiero hacerlo. Si debes conocer la verdad, no será por mi boca. Tu misma madre, la conozco, no querrá tampoco decirte lo que ansias saber. Ha sufrido mucho por estas cosas y sería muy penoso para ella el recordarlas.

— ¡ Pero también mi padre ha sufrido! Mi padre ha sido desgraciado. ¿ Tiene él la culpa ó la tienen los demás? ¿ Es un culpable ó un inocente? ¿ Debo huir de él como de un monstruo ó consolarle como á una víctima?

— Aunque fuera un monstruo no tendrías derecho para huir de él, porque es tu padre. ¿ Quieres que te diga mi pensamiento? Tú no debías tratar de juzgarle: un hijo debe cerrar los ojos ante los errores de sus padres, como no se trate de repararlos.

Se detuvieron al lado del estanque, cuyas aguas estaban rizadas por la marcha armoniosa de los desdeñosos y tranquilos cisnes. Una brisa deliciosa portadora del último fresco del invierno cruzaba la arboleda, ya adornada de verdes botones. El palacio de María de Médecis levantaba á lo lejos la masa suntuosa de su fachada de piedra dorada por el sol. Y un gran reposo se cernía sobre aquellos vastos y pacíficos jardines. Los dos hombres, aislados allí del mundo, se encontraban enfrente de su pasado y dueños de contemplarle sin distracción. Pedro dirigió á Appel una mirada y dijo con repentina efusión :

— ¡ Oh! ¡ Mi querido, mi respetable amigo! Perdóneme usted mis sospechas y mis temores... Usted, que es tan superior por su inteligencia y que ve el combate que se libra en mi espíritu, dígame : ¿ qué puedo, qué debo hacer? No me abandone usted, no me entregue á mí mismo, pues entonces me agito en una obscuridad que me espanta. Necesito sus consejos, su ayuda...

Appel sonrió.

— ¿ Tienes todavía confianza en mí?

— ¿ Cómo no tenerla? Siempre le he visto á usted procurar el bien de los demás... Y eso es precisamente lo que me tortura... Es usted demasiado justo, demasiado bueno... Me anonada usted... Le acuso, y usted no se defiende más que con palabras de moderación y de piedad...

— Acaso soy un hipócrita... dijo dulcemente Appel.

— Sí, durante veinte años ha tenido usted la hipocresía de guiarme, de protegerme, de amarme... Su hipocresía ha sido tan fecunda en beneficios que no sé cómo agradecerse los...

— ¿ Y quién te manda que los agradezcas? ¿ Quiéres acaso pagar lo que he tenido la dicha de poder hacer por ti?

— ¡ No! Quiero ser siempre su deudor... Pero tenga usted piedad de mi desamparo... Ilumíname usted... No me deje solo enfrente de este problema que no puedo resolver.

Los sollozos le cortaron la palabra. Se apoyó temblando en su compañero y reclinando la cabeza en su hombro, rompió á llorar amargamente.

— Vamos, dijo Appel con dulzura; venías irritado y nervioso, pero tus nervios y tu irritación van á calmarse con las lágrimas. Eres un niño. Quieres resolver las cuestiones más graves en diez minutos. Hay que tomarse tiempo para reflexionar... Anda, ante todo debés ir á abrazar á tu madre.

Cruzaron el jardín y llegaron á la calle del Luxemburgo. Al ver la tranquila casa en que había pasado días tan felices, Pedro sintió una emoción deliciosa y todas sus amarguras se fundieron en una sensación de frescura consoladora. Subió la escalera con presteza, como si tuviera prisa por llegar, después de haber vacilado tanto para ir á su casa. Observó que el criado saludaba con alegría su venida y, sin esperar que previnieran á su madre, abrió con impaciencia la puerta del salón en que estaba de ordinario.

Francine estaba leyendo al lado de la ventana y levantó la cabeza al ruido. Se puso roja de placer; el libro se cayó de sus manos, extendió los brazos y sin hablar, sin explicarse, el joven se arrojó á los brazos de su madre, la apretó contra él, la besó con todas sus fuerzas y borró con aquel beso todas las tristezas y todas la inquietudes. Appel, en el umbral, miraba sonriendo aquella toma de posesión del hijo